

IDEAL

DIARIO REGIONAL DE ANDALUCÍA

EDITA: CORPORACIÓN DE MEDIOS DE ANDALUCÍA, S.A.

Director General
José Morenodávila Hernández

Director
Melchor Saiz-Pardo Rubio

Director adjunto: Eduardo Peralta de Ana

Subdirector: Esteban de las Heras Barbás

Redactores jefes: Juan José Ruiz Molinero, Miguel Martín Romero, Antonio Garrido Gámez, Luis Muñoz Fernández, Fernando Velasco Sanz, Enrique Seijas Muñoz, Andrés Cárdenas Muñoz y Gabriel Pozo Felguera

Director Gerente
Diego Vargas García

Director Comercial: Rafael González Calabuig

Director Financiero: Julián Fernández León

Director Técnico: José Antonio Henares González

Editoriales

Tráfico urbano

LOS Ayuntamientos han conseguido que el Parlamento, con la reforma de la Ley de Seguridad Vial, les dote de la capacidad jurídica suficiente para ordenar de forma más contundente el tráfico en sus ciudades, que está relegando al modesto peatón en una rara especie. La reivindicación municipal es antigua, tanto como las múltiples demandas judiciales provocadas por la defectuosa e insuficiente normativa en la que se apoyaba gran parte de su potestad sancionadora, incluyendo la actuación de la temida grúa, y que dejaba al descubierto la ilegalidad generalizada de la actividad municipal. Desde ahora, los Ayuntamientos españoles disponen del instrumento legal adecuado para hacer frente a los excesos de un tráfico que, en algunas ciudades, es algo más que un problema de circulación, convirtiéndose en un auténtico problema de crispación de la convivencia.

En principio, debe ser bien recibida una normativa —había sido solicitada por la Federación de Municipios y Provincias— que pone fin a la confusión legal y a la inseguridad jurídica sobre esta materia, que han generado en los últimos años una enorme litigiosidad ante los Tribunales. Sin embargo, el problema del caos circulatorio no se resuelve con el temor a la multa o a la grúa. Las normas no suelen ser muy efectivas para aquel ciudadano medio que se ha acostumbrado, en unas ciudades más que en otras, a una indisciplina cívica impune que está en la raíz de muchos problemas urbanos, como el de la limpieza, por ejemplo. La lectura de las nuevas medidas legales sobre circulación urbana demuestra que se legisla sobre cosas que el más elemental sentido de la convivencia y del respeto a los demás debería desterrar de la conducta ciudadana.

Por su parte, las autoridades municipales también se han dejado llevar por una inercia sancionadora en el tratamiento de algunas infracciones de tráfico, relacionadas, sobre todo, con el estacionamiento de vehículos, olvidando la conveniencia de ofrecer alternativas —en programas reales, no simbólicos—, tales como aparcamientos públicos menos costosos, reducción de las zonas de aparcamiento restringido o mejora del transporte colectivo. La imaginación, que siempre es más exigente, cede ante soluciones más fáciles, como extender la actuación de la grúa. Esa actitud justifica que a veces se reproche a los Ayuntamientos la utilización de su potestad sancionadora como una fuente de ingresos segura y más fiable que la multa tradicional, cuya gestión requiere una tramitación sumamente compleja y sus costes suelen ser superiores a lo recaudado. En cualquier caso, las objeciones técnicas de uno y otro signo sobre el tema son menos importantes que la necesidad urgente de recuperar la ciudad para el ciudadano.

Ocaso de Mobutu

EL presidente del Zaire, el mariscal Mobutu, gravemente enfermo, ve cómo su régimen agoniza sin gloria. Pero parece dispuesto a un tardío servicio: evitar un sangriento final presidiéndose a una transacción con la rebelión armada y a compartir con ella el poder. No es un súbito ataque de cordura ni de patriotismo: es cuanto puede hacer. Vuelto a Kinshasa en vísperas de la cumbre de la OUA en Lomé, el presidente no pudo darse esta vez un baño de multitudes: su ejército, derrotado y entregado al pillaje, ni siquiera con el concurso de mercenarios ha podido detener a la oposición insurgente, que controla ya casi un tercio del país.

¿Qué podía hacer Mobutu en su crepúsculo físico y político sino aceptar una negociación que hace seis semanas rehusaba categóricamente? Formalmente él es el jefe del Estado y su presencia es precisa para autorizar esa negociación y, eventualmente, un arreglo. Que tal solución pasa por su salida definitiva es algo aceptado por todos. Pero hay otro grave problema en ciernes: la representatividad real del jefe de los insurgentes tutsis, Laurent Desiré Kabila. Para muchos no hay duda de que, en el fondo, es una criatura de los regímenes tutsis vecinos, Ruanda y Uganda, ubicados hace poco en la órbita de la influencia americana. Kabila fue un marxista revolucionario cuyo mérito es haber resistido mal que bien a Mobutu. Pero ha sido asombrosa su reaparición al frente de una fuerza que da pruebas de capacidad y de sentido político. Esta fragilidad suya es también una virtud: sus mentores podrán, llegado el caso, llevarle a un deseable compromiso pactado por el bien de su desangrado país.

Puerta Real

En la Huerta de San Vicente

La Casa-Museo Federico García Lorca ha visto cómo en las últimas semanas se han evaporado las trabas —económicas y no tan económicas— que impedían su normal funcionamiento y que durante más de un año han inundado de sombras y sospechas el futuro de unas actividades que nunca acababan de iniciarse: ahora, durante estos días, algunos lamentan como políticos lo que no supieron defender como socialistas. Así que el miércoles pasado, un poco más allá del mediodía, como primera página de una etapa que será probablemente la definitiva, tuvo lugar en esa Casa-Museo de la Huerta de San Vicente la presentación de los siete primeros libros de una esmerada colección que, dirigida por Laura García Lorca y bajo el nombre de la que fue última residencia de su tío, han tenido el acierto de impulsar la editorial Comares y la Fundación Federico García Lorca. Hacía sol ese día y había allí bastante gente, pero no demasiada, gente con trajes primaverales y chaquetas oscuras y zapatos brillantes y lucidos, y guardaespaldas difuminados y eficaces, y un presidente de Gobierno observador y silencioso, y micrófonos de colores y siglas, y periodistas con libretas garrapateadas que no dejaban de mirarse y murmurar en voz medianamente baja, y cámaras de televisión entrometiéndose en todos los rincones de la huerta, y teléfonos móviles minúsculos —alguien me dice que en los restaurantes de Amsterdam los requisan a la entrada— que no dejaron de sonar y de usarse en las manos pulidas de algunos personajes que en los últimos años probablemente nunca habrán leído un poema y que sólo sabrán de balances y precios, y notables y barones de una ciudad que tiene demasiados notables y demasiados barones, y ningún niño corriendo entre la gente, y un puñado de amigos, y ausencias importantes, y la escasa presencia de alguna institución, y miradas, y celos, y comentarios, y mujeres que parecían recién salidas de una petición de mano, mujeres florero, mujeres que musitaban



JOSE CARLOS ROSALES

¡qué horror! mientras el conferenciante desgranaba con pericia medida el sentido de unas páginas juveniles y remotas, el alcance de un propósito estético.

De entre todas las palabras que allí se decían resonaron de un modo singular —no habría que olvidarse de ellas— aquellas con las que cerraba su intervención Laura García Lorca: «La obra de un artista es de quien le devuelve la vida al disfrutarla. La casa de un artista es de quien ve en ella la dimensión humana del creador, de quien aprecia que todo arte fue precedido de un momento de intimidad, de un sentimiento de soledad. Aquí no

hay nada excesivo. (...) Lo que hay de excepcional aquí está al alcance de todos: unas plantas, unos objetos, unas habitaciones. Lo que hay aquí de excepcional, y nunca será excesivo, es memoria: la del poeta, la de sus amigos, la de sus lectores que vienen a saber algo más de él, algo más de sí mismos. Esta memoria es de todos nosotros y no puede ser ya borrada ni arrebatada por nada ni por nadie».

Cuando el acto terminó, la gente se derramó por bares y terrazas y las conversaciones se movieron alrededor de la nostalgia, de las razones que no encuentran apoyo, de las causas perdidas, de las cosas que a veces se recuperan sin saberlo. Un hombre joven, luego en su casa, se acordó de una de las muchas declaraciones que la antigua Comisión organizadora del primer homenaje a Lorca —en Fuente Vaqueros, el cinco a las cinco— hizo públicas en 1976, hace ya más de veinte años: «La figura histórica y literaria de Federico García Lorca no es patrimonio de nadie en especial».

Alguien muy lejos de allí, quizás un viejo sindicalista taciturno, dedicó toda la tarde a leer y releer el poema de Cernuda *Birds in the night*: «(...) ¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos? / Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable / para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella (...)».

ZULET



Sube y baja

Enrique Moratalla, delegado provincial de Cultura

El delegado provincial de Cultura, Enrique Moratalla, ha vuelto a pedir al Ayuntamiento y a la empresa pública Giasa que procedan a la demolición de la torreta de la Chumbera, un elemento distorsionador del paisaje del Sacromonte. Desde que a mediados del pasado año la delegación municipal de Urbanismo ordenase la paralización de las obras por no ajustarse al proyecto, han pasado nueve meses en los que Ayuntamiento y Giasa (Antigua Sogefinsa) se han acusado mutuamente del diseño del adfesio. Hora es ya de demolerlo y de terminar la obra, como bien dice Moratalla.



Enrique Moratalla.

Paulino Plata y el Plan de Regionalización

El secretario provincial de la Asociación Agraria Jóvenes Agricultores (Asaja), Manuel del Pino, ha criticado al consejero de Agricultura, Paulino Plata, por no haber defendido los acuerdos con esta organización ante el nuevo Plan de Regionalización de cultivos herbáceos. El plan, si se aprueba, acarreará unas pérdidas de más de mil millones de pesetas en los cultivos de secano de la provincia. Asaja confía en que Bruselas no dé luz verde a la propuesta española, pero no deja de ser triste que unos acuerdos pensados para ayudar a las zonas más deprimidas no encuentren eco en su valedor.